

TRES LIBROS, DE TRES SIGLOS DISTINTOS. QUE PREDICAN LA VIDA DESNUDA

José M^a García Hernández¹

¿Y si los ascetas no fueran masoquistas?

Leerlos, o releerlos, es esencial, aunque solo sea para rechazar con conocimiento el camino por el que invitan a circular. Un yanqui decimonónico abolicionista y trascendentalista que no necesita presentación; una profesora francesa, judía de origen pero de sensibilidad cristiana, que escribió en los años más turbulentos del siglo veinte; y un libertario español de nuestros días, de vocación ludista y antihedonista, más allá de su pasado maoísta. Todos ellos, sin invocar motivaciones religiosas, están convencidos de que la solución de los problemas sociales no pasa, como siempre han defendido todos los gobiernos del mundo y sus votantes, por aumentar la producción para, con uno u otro modelo de distribución de la riqueza, disfrutar todos de más bienes y placeres materiales. ¿Son masoquistas estos autores?

Walden o la vida en los bosques (1854), de Henry David Thoreau

Thoreau narra en estas páginas ya clásicas su experiencia de más de dos años viviendo en

solitario en un cabaña junto a la laguna de Walden de Nueva Inglaterra, entre los años 1845 y 1847, alternando el mero diario naturalista con la apología de la vida sencilla.

Abolicionista, crítico con la vida pragmática y acrítica que observa en sus conciudadanos, el ex profesor y ex fabricante de lápices Henry David Thoreau decide aislarse en la naturaleza “para hacer frente sólo a los hechos esenciales de la vida”. Con sus cultivos de judías y sus pequeños escauceos pesqueros en la laguna, afirma comprobar lo fácil que es encontrar el alimento necesario para vivir y que “el hombre puede subsistir con una dieta tan simple como la de los animales y conservar toda su fuerza y salud”. Proclama que si todo el mundo viviera como lo hizo él durante esos dos años, no habría robos ya que, dice, “estos tienen lugar en comunidades donde unos tienen más que suficiente mientras que otros carecen de lo necesario”. Él, cuenta, nunca cerró la puerta de su cabaña ni de noche ni de día, estuviera o no ausente, y sólo guardaba bajo llave el cajón de sus papeles.

¹ Español, licenciado en Ciencias de la Información, ha publicado el ensayo sobre política sanitaria *La encrucijada sanitaria* (Celeste Ediciones, 1993). Como novelista ha sido ganador de los premios Ciudad de Majadahonda 2002 y Tristana de Novela Fantástica 2004. Ha publicado las novelas *Desenmascarar a Kavarokios* (Menoscuarto Ediciones, 2005) y *La flor de mi cuchillo* (Milenio, 2008). Correo electrónico: recumbente@hotmail.com.



Es cierto que, entre aniversarios y otras razones, Thoreau parece haberse convertido en los últimos tiempos en una especie de moda editorial. Su rebeldía naturista parece hacerse inocua y simpática hasta al más convencional, aunque si leemos bien sus ensayos encontraremos frases tan contrarias a la ortodoxia actual de nuestros regímenes parlamentarios como (en sus diarios) “lo que hace falta son hombres de principio, capaces de reconocer una ley mayor que la de la decisión de la mayoría”, o (en su famoso artículo *Civil Disobedience*) “un hombre con más razón que sus ciudadanos ya constituye una mayoría de uno”, o también: “lo deseable no es cultivar el respeto por la ley sino por la justicia”.

Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social (1934), de Simone Weil

Cuando las mentes críticas y rebeldes de todo el mundo se rendían en masa al marxismo y las únicas críticas que éste recibía eran por ser irreligioso y antitradicionalista o, en todo caso, por no ser amigo de convocar elecciones que legitimaran de manera aparentemente civilizada la opresión milenaria del débil por el fuerte, Simone Weil ya había desarrollado esta refutación muy fundamentada de quienes, aun con intenciones muy filantrópicas, piensan que el sistema productivo existente puede ponerse por simple decreto al servicio de hombres libres e iguales.

Para Weil el mal esencial de la humanidad es la tendencia a la sustitución de los fines por los medios, el funesto vicio de quererlo todo hecho y actuar sin pensar, sin esperar otra dificultad que la de presionar algún botón. Susan Sontag, desde su asiento de intelectual acomodada del país más rico del mundo, celebraba con condescendencia un pelín irónica en sus ensayos la morbosidad que encontraba “en el fanático ascetismo de la vida de Simone Weil, en su desprecio del placer y de la felicidad, en sus nobles y ridículos gestos políticos, en sus elaboradas repulsas del ego, en su incansable cortejar a la aflicción; y no olvido su falta de atractivo, su torpeza física, sus jaquecas, su tuberculosis”.

Hay que ser, sin duda, de una pasta muy especial para abandonar un cómodo puesto profesoral y sumergirse en una fábrica para trabajar horas y horas bajo constantes crisis de sollozos, entre el frío intenso de las naves y el calor volcánico expedido por la maquinaria, con la recurrente amenaza de sanción y despido que los capataces emitían en susurros, pues (como dice en sus diarios de trabajo) “¿por qué iban a levantar la voz cuando con una sola palabra podrían provocar tanta angustia?”. En sus cuadernos de la guerra española, en la que participó brevemente dentro de la columna Durruti, Weil muestra que además fue pionera, como su compatriota Bernanos en el otro bando, en el empeño en negarse a que sus ideas se



convirtieran en la justificación de un baño de sangre.

Naturaleza, ruralidad y civilización (2008), de Felix Rodrigo Mora

El auge del liberalismo en el siglo diecinueve español y la consiguiente creación de las instituciones parlamentarias modernas aplastó de manera definitiva las costumbres e instituciones rurales verdaderamente democráticas que todavía resistían al desarrollo del capitalismo, según explica en este texto Rodrigo Mora, quien además mantiene que tal resistencia se organizó paradójicamente en torno al reaccionario legitimismo carlista, movimiento en el que ve muchos aspectos positivos.

Estas teorías (junto con la provocativa terminología con que suele abogar contra el hedonismo y en favor de la vida espiritual, pese a mantenerse en el ateísmo) han convertido a este autor en un apestado dentro de la izquierda y el anarquismo clásico español. Apoyándose en autores como Weil y Orwell y en el espíritu antimquinista del llamado luddismo, Rodrigo insiste en este y otros ensayos en que la máquina no exime al trabajador del trabajo sino que priva a su trabajo de contenido y en que la tecnología no busca básicamente la productividad laboral sino el control del trabajador. Sus citas favoritas suelen proceder del clasicismo grecorromano,

como aquella de Juvenal con la que resume las características de su individuo libre ideal: “un alma vigorosa que carezca del temor a la muerte, que pueda soportar cualquier trabajo, que ignore la ira, los vanos deseos y considere preferible las calamidades y crueles trabajos de Hércules a los festines, amoríos y el muelle cojín de plumas de Sardanápalo”.

Rodrigo proclama la búsqueda de la afelicidad, “estado psíquico que desdeña en la misma medida felicidad e infelicidad, en beneficio de metas trascendentes” y no cree en salidas revolucionarias a corto o medio plazo sino en una labor de generaciones que vaya edificando un contrapoder de la reflexión y el entendimiento, cifrando sus mayores esperanzas de presente precisamente en el reconocimiento de tan dura realidad pues “la verdad libera tanto como la revolución”.